

1. *La economía como ciencia axiomático-deductiva*

1. *Introducción*

En la metodología contemporánea de las ciencias formales, un sistema axiomático-deductivo en sentido estricto es un sistema formalizado,¹ esto es, expresado en lenguaje lógico-matemático, que consta de axiomas, o sea formas proposicionales no demostradas en el sistema, y teoremas, que son formas proposicionales, deducidas a partir de los axiomas, a lo cual hay que agregar términos primitivos, definiciones y reglas de formación y transformación.² Ahora bien, cuando hablamos de la economía como «ciencia axiomático-deductiva» más nos referimos a una serie de autores cuya característica común es que enfatizan el proceder deductivo de la economía a partir de ciertas premisas. Se trata, en este caso, de un sistema «axiomático-deductivo en sentido amplio», es decir, expresado en lenguaje común y carente de los instrumentos formales mencionados.

¹ Sobre axiomática, véase Bochenski, J.M., *Historia de la lógica formal*, Gredos, Madrid, 1976; Colacilli de Muro, M.A. y J.C., *Elementos de lógica moderna y filosofía*, Estrada, Buenos Aires, 1965; y Moreno, A., *Lógica matemática, antecedentes y fundamentos*, 1.^a ed., Eudeba, Buenos Aires, 1967.

² Estos temas están expuestos en la bibliografía citada en la nota anterior.

Todos estos autores tratan de resolver los siguientes problemas: *a)* cuál es la naturaleza filosófica de los puntos de partida que utilizan;³ *b)* en qué medida hay que incorporar, a la deducción que se realiza, elementos adicionales a esas mismas premisas, y *c)* cuál es el metasistema gnoseológico que rodea a su concepción general de las ciencias.⁴ En este sentido, esta concepción de la economía presenta una característica gnoseológica común: que es posible utilizar esta metodología para el conocimiento de la realidad extramental,⁵ y no solo para las ciencias formales (lógica y matemáticas). En este sentido, casi todos estos autores, de un modo u otro, no responden al paradigma neopositivista para el cual el conocimiento válido y científico es o formal (lógica y matemáticas) o fáctico, con método hipotético-deductivo (seguiremos profundizando después esta cuestión). Como vemos, estamos ante una cuestión típica de teoría del conocimiento (esto es, el alcance del conocimiento humano) que rodea, implícita o explícitamente, a

³ (2012): hoy creo que es eso lo que más los separa de un planteamiento simplemente hipotético-deductivo.

⁴ Vamos a hacer una aclaración terminológica muy importante que utilizaremos de aquí hasta el final de este estudio. Usamos el término «epistemología» como la teoría general del conocimiento científico; «gnoseología» como la teoría general del conocimiento; «metodología» como parte de la epistemología que trata sobre el método de las ciencias; y «metasistema gnoseológico» como la teoría del conocimiento (gnoseología) implícita o explícita que «rodea» o está «detrás» de cada posición epistemológica.

⁵ (2012): Hoy diríamos «de lo real», incorporando la noción de mundo como intersubjetividad, pues la expresión «realidad extramental» está muy emparentado con «objeto de conocimiento como cosa física» en la historia de la filosofía. Hemos dejado el esquema «sujeto-objeto» en nuestro propio modo de concebir el conocimiento, y hemos pasado a «persona-mundo»; véase al respecto Zanotti, G.: *Hacia una hermenéutica realista*, Universidad Austral, Buenos Aires, 2005.

estas concepciones. Poco a poco iremos desentrañando las implicaciones de estos problemas.

2. *Senior, Mill, Cairnes*

Los primeros intentos de sistematizar el método de la economía política pueden ser ubicados en la concepción que estamos considerando. En efecto, la obra principal de los tres autores que ahora consideramos se publica, respectivamente, en 1827, 1836 y 1875.⁶ Las obras epistemológicas de Nassau William Senior son *An Introductory Lecture of Political Economy* (1827) y *Four Introductory Lectures on Political Economy* (1852).⁷ La obra principal de J. Stuart Mill es *On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to It*, que es el capítulo V de sus *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, de 1874.⁸ La obra principal de John E. Cairnes es *The Character and Logical Method of Political Economy*, de 1875.⁹

De estos tres autores, Senior (S.) es quien adopta un esquema más puramente axiomático. Veamos, en primer lugar, su definición de economía política: esta ciencia nos enseña en qué consiste la riqueza; quiénes la distribuyen;

⁶ Posiblemente existan contribuciones previas que tener en cuenta en el *Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio en General*, de Richard Cantillon, publicado en 1755, pero que circuló en Europa ya desde 1734. Véase al respecto Adrián Ravier, «El Essai de Richard Cantillon», *Laissez Faire*, n.º 35, Universidad Francisco Marroquín, Guatemala, septiembre de 2011.

⁷ En *Selected Writings in Economics*, Nassau W. Senior, Reprint of Economic Classics, Augustus M. Kelley Publishers, Nueva York, 1966.

⁸ Véase Mill, John Stuart, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, Augustus M. Kelley Publishers, Clifton, 1974.

⁹ Frank Cass and Co. Ltd., 1965.

de acuerdo con qué leyes lo hacen; cuáles son las instituciones y costumbres por las cuales la producción se facilita y la distribución se regula, para dar la mayor cantidad de riqueza a cada individuo. De acuerdo con esta definición, S. divide su ciencia en dos ramas: teórica y práctica (p. 7). Lo primero, que explica la naturaleza, producción y distribución de la riqueza, está fundado —y esto es clave desde el punto de vista epistemológico— en unas pocas proposiciones que son el resultado de la «observación» y de la «conciencia», que todo ser humano admite, apenas las oye, como familiares a su pensamiento, o al menos como incluidas en su conocimiento «previo».

Se puede advertir que S. alude a los primeros axiomas de la economía, conocidos por un tipo de *a priori*, cuya naturaleza gnoseológica exacta no es específica. Las conclusiones obtenidas a partir de estos axiomas tienen un grado de universalidad similar, especialmente en lo que respecta a todo lo relacionado con la producción; mientras que lo que se refiere a la distribución de riqueza puede ser «afectado» por instituciones determinadas de ciertos países. A pesar de esto, el «estado natural de las cosas» puede considerarse como regla general, mientras que se dejan para un análisis posterior las anomalías producidas por causas «perturbadoras» (*disturbing causes*, p. 8). Es importante señalar que S. está admitiendo aquí un margen de contingencia en la deducción de las consecuencias axiomáticas, producidas por determinadas circunstancias particulares, sin que ellas afecten al «núcleo central» (esta terminología no es de Senior) de la deducción. Veremos que este tema —a saber, la admisión de algún tipo de introducción de «circunstanciales reales» en el esquema de deducción de las leyes económicas— es una preocupación común a los tres autores que ahora estamos considerando, y veremos de qué modo esta es la «cruz» de los esquemas

axiomático-deductivos; esto es, una especie de «cuadratura del círculo» epistemológica de todos los autores que utilizan este tipo de planteamiento.

La otra rama de la economía, en cambio, tiene otras premisas de naturaleza no apriorística; serían más bien, en terminología de Mill, más *a posteriori*; en términos de Senior, dependen de la inducción de numerosos fenómenos difíciles de enumerar (p. 8); y, justamente, la no distinción entre estos dos aspectos de la economía es lo que ha originado, para S., las diferencias de opinión prevalecientes sobre la certidumbre de las conclusiones de esta ciencia. Y entonces reafirma su postura más *a priori*: declara que es su intención probar que el brazo teórico es capaz de toda la certeza que puede tener cualquier ciencia —esta observación es, evidentemente, pre-popperiana—,¹⁰ y que muchas de las conclusiones de máxima importancia de la parte práctica se apoyan tan inmediatamente en las conclusiones del brazo teórico que pueden tener igual certeza y universalidad (p. 11).

Establecida esta conclusión general sobre la naturaleza y el método de la economía, S. establece cuáles son sus axiomas. El primero trata sobre la naturaleza de la riqueza;¹¹

¹⁰ Decimos «pre-popperiana» dado que Popper ha demostrado plenamente, en nuestra opinión, que la certeza absoluta es imposible *allí donde la ciencia utilice el método hipotético-deductivo* (aclaremos que para nosotros dicho método no es el único método posible).

¹¹ Esos axiomas son textualmente los siguientes: «Firstly: That welth consists of all those things only, which are transferable; which are limited in quantity; and which, directly or indirectly, produce pleasure or prevent pain; or, to use an equivalent expression, which are susceptible of exchange; (including under exchange, hire, as well as absolute purchase;) or, to use a third equivalent expression, which have value. Secondly: that every person is desirous to obtain, with as little sacrifice as possible, as much as possible of articles of wealth. Thirdly: That the powers of labor, and of the

el segundo, sobre la maximización de beneficio, en nuestros términos; el tercero, sobre la formación del capital; el cuarto, sobre la ley de rendimientos decrecientes. y el quinto, sobre los factores limitantes de la población (p. 35). Aclara que el segundo de estos axiomas (*propositions*) es una cuestión de «conciencia» (se refiere, creemos, a una «contemplación intelectual»); los otros, en cambio, se obtienen por observación. Si tratáramos de reubicar gnoseológicamente esta caracterización, podríamos decir que el segundo podría obtenerse mediante algún tipo de *a priori* mental, mientras que la «observación» parece aludir a una «evidencia realista».

Si esas premisas son verdaderas, continúa S., seguiremos en la verdad mientras razonemos correctamente a partir de ellas; pero no hay garantía de que siempre tendremos éxito en ello, dado lo abstracto del tema y las relaciones variables que entran en juego. Con esto reitera S. la restricción a la certidumbre de su sistema, que surgiría de la estructura misma del método axiomático.

Estas ideas de S., escritas, como dijimos, hacia 1827, se desarrollan aun más veinticinco años más tarde, en la segunda de sus obras citadas. Allí se introduce en cuestiones epistemológicas más generales. En efecto, plantea que las ciencias se dividen en dos grandes clases: las «físicas» (*physical*) y las «mentales» o «morales» (*mental/moral*)

other instruments which produce welth, may be indefinitely increased by using their products as the means of further production. Fourthly: That, agricultural skill remaining the same, additional labour employed on the land within a given district, produces a less proportionate return. And Fifthly: That the population of a given district is limited only by moral or physical evil, or by defieny in the means of obtaining those articles of wealth, or, in the other words, those necessaries, decencies, and luxuries, which the habits of the individuals of each class of the inhabitants of that district lead to require».

sciences). Como vemos, S. alude a la diferencia entre ciencias naturales y sociales, para las cuales son diferentes, según él, tanto la materia que tratan como el origen de sus premisas (p. 22). Las propiedades de la materia serían el objeto de las primeras, mientras que las «sensaciones, facultades y hábitos de la mente humana» constituyen el objeto de las segundas. De este modo comienza S. a delinear una posición dualista metodológica.¹² Las ciencias físicas extraen sus premisas casi exclusivamente de la observación o de hipótesis. Las ciencias mentales, por el otro lado, las constituyen a partir de la «conciencia» (como se observa, otra vez está aquí el «*a priori* mental» de S., pp. 26-27). Otra diferencia importante entre ambos tipos de ciencia —con lo cual se introduce de lleno en el problema de la prueba en ciencias sociales—¹³ es el grado y la manera en que ambas son ayudadas por la experiencia. En las ciencias «físicas» S. no ve mayores inconvenientes en aplicar métodos de prueba similares al método de la diferencia¹⁴

¹² El «dualismo metodológico» es una posición epistemológica que sostiene que hay un método para las ciencias naturales y otro distinto para las ciencias sociales. El «monismo metodológico» sostiene que hay solo un método para cualquier ciencia fáctica (esto es, aquella que NO es lógica o matemáticas).

¹³ La prueba en ciencias sociales sería un «problema», dado que en dichas ciencias no es posible aislar ninguna variable y es más difícil especificar cuáles son sus «hechos». Esto se mantendrá así hasta Mill inclusive y Mises aún lo supone cuando distingue entre ciencias naturales y sociales. Desde Popper en adelante, hay mayor conciencia de que el test empírico es un problema para *cualquier* ciencia (como lo vieron bien Machlup, Lakatos y Feyerabend).

¹⁴ El método de diferencia es una de las «reglas de la inducción» de J.S. Mill, mediante las cuales pretendía lograr para la inducción (que es una inferencia no deductiva) reglas análogas a las de los razonamientos deductivos. La metodología posterior de la ciencia demostró que esas reglas no permiten llegar a la certeza.

de Mill (a quien no nombra en forma explícita). Pero en las «mentales» advierte que dicho proceder no es igualmente aplicable (p. 29).

Delimitadas estas nociones epistemológicas generales, S. ubica con facilidad a la economía dentro de las *mental sciences*. Aclara que es cierto que la economía tiene «mucho que ver» con elementos materiales, pero solo en relación con los fenómenos mentales que debe explicar, tales como la acumulación de capital, el origen de la renta, la ganancia, etc. De lo contrario, la economía no se podría distinguir de la mecánica, la navegación, la agricultura o la química (p. 33).

Con esta aclaración, S. establece las bases de un objeto de la economía que no se confunde con cuestiones materiales, lo que se ubica a su vez en una concepción general de las ciencias sociales según la cual estas no tienen como objeto fenómenos físicos, sino interacciones sociales cuyo sentido depende de la finalidad e intenciones de los sujetos actuantes. Con esto adelanta S. muchas de las más finas conclusiones que posteriormente, y sobre todo en la escuela austriaca, se establecerán en esta materia, como veremos más adelante. Esto se observa con toda claridad cuando, hacia el final de su segunda *Lecture*, S. afirma que los términos técnicos de la economía política representan puramente ideas mentales, tales como demanda, utilidad, valor, abstinencia, u objetos que, aunque algunos de ellos puedan ser materiales, son considerados por el economista solo en la medida en que sean el resultado o la causa de ciertas «afecciones de la mente humana», tales como «riqueza, capital, renta, salarios y ganancia» (p. 35).

Establecidos estos principios, S. define nuevamente a la economía de este modo: la ciencia que expresa las leyes que regulan la producción y distribución de riqueza, en la medida en que dependen de la acción de la mente humana

(*Lecture III*, p. 36). Como vemos, la última parte de esta definición alude a lo que se ha declarado antes. La *Lecture IV* es muy interesante, dado que S. confronta su posición con la de Mill, a quien todavía no hemos visto. La principal diferencia que tiene S. con Mill radica en la cuestión de si los axiomas de la economía son hipotéticos o no. Esta diferencia es una cuestión epistemológicamente clave, pues el hecho de que Mill considere —como veremos después con más detalle— a estos axiomas como puramente hipotéticos lo coloca en una posición cercana a un tratamiento menos apriorista de la economía, si bien luego veremos por qué es el mismo Mill quien califica su posición como «apriorista». Por lo pronto, ya hemos visto que en S. los axiomas no son hipotéticos, sino verdaderos en el sentido de que expresan conexión con hechos evidentes, evidencia que deriva ya de la observación, ya de una evidencia «mental», como vimos. Ahora bien, justamente aquel axioma que S. considera derivado de esta última fuente, a saber, que las personas tratarán de conseguir la mayor cantidad de «riqueza» posible (lo que hoy es la hipótesis de maximización de beneficio), es en cambio uno de los más claros casos de «hipótesis asumidas» (supuestas) para Mill. S. afirma en cambio que podemos tomar este tipo de conducta como un axioma en su sentido, aclarando, sin embargo, que las personas se conducirán de ese modo «en ausencia de causas perturbadoras» (p. 62). Esto es muy significativo, pues vemos que S. debe otra vez aplicar una restricción a la capacidad predictiva universal de su sistema axiomático. Veremos que esta dificultad se mantiene a lo largo de toda la historia de la metodología de la economía.

Senior formula tres objeciones básicas al «tratamiento hipotético» de la economía. En primer lugar, dice, es poco atractivo, pues nadie escucharía una exposición sobre cuál sería el estado de cosas en condiciones irreales, cuando lo

que interesa es saber qué está ocurriendo realmente. En segundo lugar, un autor que parte de premisas asumidas que son arbitrarias corre el peligro de olvidar, de vez en cuando, que lo son («[...] of forgetting, from time to time, their unsubstantial foundation [...]») y razonar como si fueran verdaderas. Y, en tercer lugar, el método está expuesto al error, tanto por la posibilidad de errores lógicos como por la omisión de algún elemento que incide en el caso supuesto. A medida que vayamos avanzando en las reflexiones sobre el uso del método hipotético en la economía, veremos de qué modo las diversas corrientes epistemológicas han ido superando estas dificultades planteadas por S. Por ahora, recordemos que habíamos dicho que estos autores conciben el método axiomático como algo que informa verdaderamente sobre el mundo, y esto se observa con claridad cuando S. afirma que lo que interesa es «saber qué está realmente ocurriendo». Hemos visto, sin embargo —y veremos este problema permanentemente—, que S. debe aplicar restricciones a la capacidad de su sistema para saber qué está «realmente» ocurriendo, mediante la advertencia de que las premisas se cumplen *si* no están afectadas por «causas perturbadoras».

Con J.S. Mill nos encontramos ante una verdadera particularidad epistemológica. Partidario del más estricto inductivismo en ciencias naturales (concepción a la cual enriquece con sus aportes a la lógica de la inducción), aplica en cambio a la economía un método hipotético-deductivo altamente elaborado, razón por la cual se lo ha considerado, históricamente, como «apriorista», dado que sus hipótesis se quedarían colocadas como axiomas a partir de los cuales se deduce el conjunto de las leyes económicas.

Mill establece sus principios epistemológicos generales al mismo tiempo que analiza el caso particular de la economía. En primer lugar, sostiene una visión especulativa, no

práctica, de la ciencia, que después traslada a la economía. La ciencia no es una cuestión de fines, medios y reglas, sino del conocimiento de los fenómenos y de sus leyes (p. 124). La economía no puede ser, luego, un conjunto de reglas para incrementar la riqueza de una nación; eso no sería ciencia, sino el *resultado* de la ciencia (p. 124).

Posteriormente, para establecer una correcta definición la ciencia económica, Mill afirma un dualismo metodológico entre las ciencias «físicas» y las «morales o psicológicas» (p. 129). Estas últimas están relacionadas con la mente humana, mientras que las primeras lo están con lo que *no* concierne a la mente humana. Con lo cual Mill llega en este punto a una conclusión similar a la de Senior: aunque las leyes de la producción y distribución se relacionen con fenómenos físicos, estos últimos se consideran en relación con los «fenómenos mentales» que derivan de la conducta humana que entra en juego. La «correcta y completa» definición de economía sería, entonces, «la ciencia que trata de la producción y distribución de riqueza, en la medida en que dependen de las leyes de la naturaleza humana» (p. 133).¹⁵

Planteadas así las cosas, Mill establecerá la esencia y los límites del método de la economía. La economía considera al hombre solo en tanto que es un ser que desea poseer riqueza, y que es capaz de juzgar la eficacia comparativa de los medios para llegar a ese objetivo. A partir de esta consideración, que hoy llamaríamos «principio de maximización», la economía extrae conclusiones haciendo abstracción de cualquier otra consideración. Pero, dice Mill, ningún economista ha sido tan absurdo como para suponer que el hombre está *realmente* constituido así, sino

¹⁵ Original inglés: «The science which treats of the production and distribution of wealth, so far as they depend upon the laws of human nature».

que, para juzgar sobre cómo actuará el hombre bajo una variedad de deseos y aversiones que operan conjuntamente sobre él, debemos saber cómo actuaría bajo la exclusiva influencia de uno particular (p. 139). Respecto de aquellas partes de la conducta humana en las que la riqueza no es principal objeto, la economía no pretende que sus conclusiones sean «aplicables». La economía considera la obtención de la riqueza «como si fuera» el único fin, lo cual dice Mill sería una «aproximación cercana» a la realidad. Esta aproximación debe ser «corregida» (con esto comienza Mill a aplicar restricciones a su sistema) tomando en consideración los efectos de algún impulso (o deseo) diferente del supuesto. El grado de influencia de otros factores en la conducta humana será inversamente proporcional (este modo de decirlo es nuestro) a la *aplicabilidad* de la economía a las explicaciones y/o predicciones del mundo real. Establecidos estos límites, Mill redefine a la economía como la ciencia de las leyes de los fenómenos sociales originados en las operaciones del género humano para la producción de la riqueza, «en la medida en que esos fenómenos no sean modificados por la búsqueda de otros objetivos» (p. 140). Más adelante —sobre todo, cuando veamos el debate sobre el principio de maximización— iremos desentrañando las consecuencias éticas y antropológicas, además de epistemológicas, de toda esta cuestión.

A continuación, Mill sigue estableciendo principios metodológicos generales que aclaran y enriquecen su posición. Distingue entre el método *a priori* y el *a posteriori*. Este último requiere, como base de sus conclusiones, una experiencia específica. El primero, en cambio, implica razonar a partir de hipótesis asumidas (lo cual no está restringido solo a las matemáticas). Y agrega: la verificación *a posteriori* de las hipótesis, esto es, el examen de si «los hechos» de algún caso real están o no de acuerdo con ellas,

no es parte de la ciencia, sino de la *aplicación* de esta (p. 143).

La economía, pues, procede a partir de suposiciones y no de «hechos». Vemos entonces que Mill aplica el término *a priori* para lo que hoy es el método hipotético-deductivo. Esas «hipótesis», que en términos de Mill son «premisas asumidas», podrían estar totalmente desconectadas de los hechos. Las conclusiones a partir de ellas son solo verdad, pues, «en lo abstracto» (p. 144). En lo «concreto» serán verdad con las necesarias salvedades o restricciones (*allowances*) producto de otras causas concurrentes.

Este método *a priori* es necesario, además, en las ciencias morales, dada la complejidad de sus fenómenos y la imposibilidad de experimentar de igual modo que en las físicas (p. 147). En estas últimas, es posible un experimento crucial, cuando aplicamos las reglas de la lógica de la inducción. No lo es, en cambio, en las ciencias sociales, dado que no podemos separar la operación de la gran cantidad de causas concurrentes. Solo queda, pues la posibilidad de aplicar el método *a priori* o «especulación abstracta» (p. 149). Mill aclara más adelante: las conclusiones que se deducen a partir de las premisas asumidas son verdades «abstractas»; pero cuando son «completadas» por la adición o sustracción de efectos de circunstancias no calculadas, son verdaderas «en lo concreto»; es para Mill el ámbito propio de operación de «causas perturbadoras» («*disturbing causes*»); incluso estas pueden ser colocadas como una hipótesis auxiliar (Mill no utiliza ese término), a partir de la cual deducir *a priori* sus efectos correspondientes (p. 151). Más adelante Mill agrega una aclaración importante, que revela aún más su concepción hipotético-deductivista de las ciencias sociales: el método *a posteriori* tiene un gran valor en las *moral sciences*, no como medio de *descubrimiento* de la verdad, sino como método de *verificación* de esta, pues

la consideración experimental de las causas perturbadoras en cada caso particular reduce el grado de incertidumbre que tenemos en la aplicación al caso concreto. Mill incluso adelanta algo que será muy importante en las discusiones posteriores sobre metodología: la utilización de la falsación (aunque sin usar ese término, desde luego) como un proceso que en las ciencias sociales nos indica que no estamos teniendo en cuenta alguna «causa perturbadora»: la discrepancia, dice Mill, entre nuestras anticipaciones y los hechos reales es a menudo la única circunstancia que podría llamar nuestra atención sobre alguna importante *disturbing cause* que habíamos pasado por alto (p. 154).

Adelantado algo de lo que será nuestra conclusión general, vemos que en Mill hay una concepción hipotético-deductiva de las ciencias sociales a la que denomina *a priori*, con lo cual difiere de Senior fundamentalmente en el carácter de los puntos de partida: reales en Senior, hipotéticos o «asumidos» en Mill.¹⁶

Cairnes (C.) se coloca en una posición más bien intermedia. Una de sus primeras afirmaciones es que la riqueza, que es el objeto material de la economía, es susceptible de tratamiento científico, en sus leyes de producción y distribución (p. 25). Ese tratamiento científico no tiene un interés primordialmente práctico, sino especulativo (pp. 34-35). Ahora bien, esta riqueza, a la que se está considerando científicamente, lo es desde un *doble* punto de vista físico y mental, pues aunque consista en objetos materiales, no es tal por la materia de esos objetos, sino porque

¹⁶ (2012): Sobre el impacto que J.S. Mill sigue teniendo en epistemología de la economía, ver Hausman, D.: *The Inexact and Separate Science of Economics*, *op. cit.*, Cartwright, N., *The Dappled World, A Study of The Boundaries of Science*, Cambridge University Press, 1999.

poseen valor, el cual es una cualidad atribuida por la mente (p. 48). De este carácter dual del objeto de la economía deriva el carácter dual de su ubicación en el contexto de las ciencias: no pertenece ni al ámbito de las «físicas» ni al de las mentales, sino que ocupa una posición intermedia, *sui generis* (p. 52). Y esto también ocurre con las premisas de la economía: no son ficciones arbitrarias de la mente, ni tampoco generalizaciones de hechos observados (p. 62). Describen hechos positivos; pero el economista, al deducir a partir de ellos, lo hace *ceteris paribus*, esto es, considerando que hay otras «causas perturbadoras», y por ende nunca está seguro de que no omita otras circunstancias, y en ese sentido estas conclusiones son hipotéticas, porque se deducen suponiendo la hipótesis de la ausencia de las *disturbing causes* (p. 64). Cabe aclarar que C. ejemplifica las premisas de la economía nuevamente con la maximización de beneficios. En el carácter hipotético de las *conclusiones* difiere de Senior (lo dice expresamente) y se acerca a Mill, con la diferencia de que este último enfatizaba sobre todo el carácter hipotético de las *premisas*. Y, al igual que Mill, destaca el carácter *tendencial* de las leyes económicas (p. 69).

Más adelante, C. profundiza la cuestión de la naturaleza de las premisas de la economía. Después de aclarar que, dada la complejidad de sus fenómenos, las ciencias sociales no pueden realizar experimentos inductivos rigurosos (p. 77), afirma que estos son necesarios en las ciencias físicas, dado que el género humano no tiene conocimiento de los principios físicos últimos (p. 84). Pero la situación es distinta en la economía. El economista *parte de un conocimiento de las causas últimas* (p. 87). Esas causas —que comprenden fenómenos tales como tendencias de la mente humana, condiciones físicas de la producción, instituciones políticas, etc.— son a su vez conclusiones de otras ramas de las

ciencias, y constituyen el origen a partir del cual surgen los fenómenos de la riqueza. Esta es la razón por la que C. ve con más seguridad a las premisas que a las conclusiones, pues estas son afectadas por las *disturbing causes*, que no se tienen en cuenta al razonar con el *ceteris paribus*. Esto lo vuelve a aclarar más adelante, haciendo hincapié en que esa es la situación de las conclusiones de todas las ciencias —sean físicas, mentales o económicas— (p. 92). La diferencia consiste en que el economista, en los casos particulares, usa «hipótesis» —esto es, hipótesis auxiliares— que se presuponen constantes e intentan cubrir el espacio dejado por la imposibilidad de experimentación rigurosa (p. 95).

Sintetizadas de este modo las posiciones de estos tres autores, podemos establecer un cuadro comparativo sobre la base de los siguientes elementos distintivos: naturaleza de los axiomas, naturaleza de las ciencias en general e incorporación de elementos extra-axiomáticos en el proceso de deducción. Nos queda en ese caso el Cuadro 1.

Un análisis crítico de estos autores, a la luz de los criterios epistemológicos actuales, no podría ser realizado con justicia a menos que nos concentráramos en ver con claridad cuáles son los problemas que se han dejado planteados, y que iremos profundizando paulatinamente a medida que avancemos en el análisis de estas cuestiones. Con respecto a la naturaleza de los axiomas utilizados, es claro que ni Senior ni Cairnes dan una respuesta clara y distinta al interrogante expuesto, ni tampoco tratan de ubicar su propia posición en el contexto de sus bases filosóficas explícitas. Ambos parecen combinar una especie de realismo aristotélico con ciertos elementos de un apriorismo racionalista, lo cual les permitiría fundamentar los axiomas en ciertas ideas evidentes pero que son fruto de una observación posterior (ese sería el elemento aristotélico).

CUADRO 1

	<i>Senior</i>	<i>Mill</i>	<i>Cairnes</i>
Naturaleza de los axiomas	Evidentes; verdaderos; fruto de la <i>observación</i> o <i>conciencia</i> .	Hipotéticos.	Dual: ni..., ni...; <i>no</i> -hipotéticos.
Naturaleza de las ciencias en general	Dualismo; «físicas» y «mentales».	La ciencia es especulativa; dualismo: «físicas» (inducción); «morales o psicológicas» (hipotético-deductivas); método <i>a posteriori</i> para las primeras; <i>a priori</i> para las segundas. Se destacan los conceptos de <i>aplicación</i> y <i>falsación</i> .	«Físicas», «mentales» e «intermedias»: la economía.
Incorporación de elementos extra-axiomáticos	«[...] en ausencia de causas perturbadoras».	«[...] otras causas concurrentes [...]» o «[...] introducción de búsqueda de otros objetivos». <i>Aplicación al caso concreto</i> .	Las <i>conclusiones</i> son hipotéticas en cuanto suponen el <i>ceteris paribus</i> .

Mill, en cambio, quien de los tres es el que tiene una gno-seología y una epistemología más armada y coherente, coloca a esas premisas como hipótesis que después se «verifican» mediante un no muy aclarado proceso de «aplicabilidad» que adelanta también criterios falsacionistas popperianos.

Habíamos dicho que «casi» todos estos autores conciben un ámbito del conocimiento científico que no es ni puramente empírico ni puramente formal. Ahora bien, esta posición intermedia entre el conocimiento puramente empírico-experimental y el puramente formal se funda siempre, implícita o explícitamente, en una teoría del conocimiento que afirme la posibilidad de obtener conocimientos que están más allá de los simples «facts» que presupone el inductivismo más ingenuo. A medida que avancemos en nuestro análisis veremos que las posiciones epistemológicas posteriores al positivismo presentan una actitud más proclive al diálogo con criterios de conocimiento más específicamente metafísicos. Veremos también que ello es una cuestión importante sobre todo en ciencias sociales, donde el tema de la verdad depende más que nada de la concepción del ser humano que se presuponga. En este sentido, tanto Senior como Cairnes —y Mill en cuanto adelanta posiciones popperianas en el ámbito de las ciencias sociales— pueden ser considerados como precursores de un «camino abierto» que puede ser fructífero para la epistemología de la economía política. Una vez expuesta esta conclusión general, que más que conclusión es el anuncio de un punto de partida por desarrollar, veremos cómo este «camino» se va desarrollando en los otros autores y de qué modo van enriqueciendo con sus respuestas los problemas planteados.